



**Este pobre gritó  
y el Señor lo escuchó**

**2018**

pcpne.va

## *Presentación*

### *Este pobre gritó y el Señor lo escuchó*

«Este pobre gritó y el Señor lo escuchó», estas son las palabras del Salmo 34 que enmarcan la *II Jornada Mundial de los Pobres* y en torno al cual gira el Mensaje que el Papa Francisco ha querido ofrecer a la Iglesia, cuyo contenido se desarrolla alrededor de tres palabras: *gritar, responder, liberar*.

Son tres verbos que identifican la acción de Dios y revelan su amor misericordioso en favor del hombre. La pobreza no es sólo una palabra, sino que “se convierte en un *grito* que sube hasta la presencia de Dios” (n.2). El Señor, a su vez, no sólo escucha esta petición desesperada de ayuda, sino que le *responde* participando en la condición del pobre para “para restituir justicia y para ayudar a reemprender la vida con dignidad” (n. 3). La esperanza del pobre no queda defraudada y Dios interviene en su favor para restituirle la dignidad perdida y *liberarle* de las “cadenas de la pobreza” (n. 4).

Estos verbos también nos conciernen y deberían prepararnos para salir al encuentro de los pobres que, también en nuestro tiempo, *gritan* todos los días. Tomando como icono la historia del ciego Bartimeo (cfr. *Mc* 10,46-52), el Papa Francisco atestigua que muchos necesitados se han identificado con este pobre sentado al borde del camino, que tantos querían hacer callar. También hoy, de hecho, “las voces que se escuchan son las del reproche y las que invitan a callar y a sufrir”. (n. 5). Este grito, en efecto, a menudo no llega a nuestros oídos ni toca nuestros corazones, dejándonos indiferentes e incapaces de *responder*. De hecho, los pobres, demasiado a menudo son considerados “no sólo como personas indigentes, sino también como gente portadora de inseguridad, de inestabilidad, de desorden para las rutinas cotidianas y, por lo tanto, merecedores de rechazo y apartamiento” (n. 5). Sin embargo, la salvación de Dios debería tomar la forma de nuestra mano tendida hacia el pobre, haciéndole sentir la amistad que necesita y haciéndole experimentar la cercanía que lo *libera*: “Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres” (*Evangelii gaudium*, 187).

Este instrumento pretende ser una simple ayuda ofrecida a las diócesis, a las parroquias y a las diversas realidades eclesiales, para prepararse a vivir la *II Jornada Mundial de los Pobres*, con el fin de que sea una vez más un momento fuerte para dirigir todavía más la mirada hacia los pobres, escuchar su grito y hacerles experimentar nuestra ayuda y cercanía.

✠ Rino Fisichella

*Presidente del Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización*

**MENSAJE DEL SANTO PADRE FRANCISCO**  
**para la II JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES**  
**Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario**  
**18 de noviembre de 2018**

***Este pobre gritó y el Señor lo escuchó***

1. «Este pobre gritó y el Señor lo escuchó» (*Sal 34,7*). Las palabras del salmista las hacemos nuestras desde el momento en el que también nosotros estamos llamados a ir al encuentro de las diversas situaciones de sufrimiento y marginación en la que viven tantos hermanos y hermanas, que habitualmente designamos con el término general de “pobres”. Quien ha escrito esas palabras no es ajeno a esta condición, sino más bien al contrario. Él ha experimentado directamente la pobreza y, sin embargo, la transforma en un canto de alabanza y de acción de gracias al Señor. Este salmo nos permite también hoy a nosotros, rodeados de tantas formas de pobreza, comprender quiénes son los verdaderos pobres, a los que estamos llamados a dirigir nuestra mirada para escuchar su grito y reconocer sus necesidades.

Se nos dice, ante todo, que el Señor escucha a los pobres que claman a él y que es bueno con aquellos que buscan refugio en él con el corazón destrozado por la tristeza, la soledad y la exclusión. Escucha a todos los que son atropellados en su dignidad y, a pesar de ello, tienen la fuerza de alzar su mirada al cielo para recibir luz y consuelo. Escucha a aquellos que son perseguidos en nombre de una falsa justicia, oprimidos por políticas indignas de este nombre y atemorizados por la violencia; y aun así saben que Dios es su Salvador. Lo que surge de esta oración es ante todo el sentimiento de abandono y confianza en un Padre que escucha y acoge. A la luz de estas palabras podemos comprender más plenamente lo que Jesús proclamó en las bienaventuranzas: «Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (*Mt 5,3*).

En virtud de esta experiencia única y, en muchos sentidos, inmerecida e imposible de describir por completo, nace el deseo de contarla a otros, en primer lugar a los que, como el salmista, son pobres, rechazados y marginados. Nadie puede sentirse excluido del amor del Padre, especialmente en un mundo que con frecuencia pone la riqueza como primer objetivo y hace que las personas se encierren en sí mismas.

2. El salmo describe con tres verbos la actitud del pobre y su relación con Dios. Ante todo, “*gritar*”. La condición de pobreza no se agota en una palabra, sino que se transforma en un grito que atraviesa los cielos y llega hasta Dios. ¿Qué expresa el grito del pobre si no es su sufrimiento y soledad, su desilusión y esperanza? Podemos preguntarnos: ¿Cómo es que este grito, que sube hasta la presencia de Dios, no consigue llegar a nuestros oídos, dejándonos indiferentes e impassibles? En una *Jornada* como esta, estamos llamados a hacer un serio examen de conciencia para darnos cuenta de si realmente hemos sido capaces de escuchar a los pobres.

Lo que necesitamos es el silencio de la escucha para poder reconocer su voz. Si somos nosotros los que hablamos mucho, no lograremos escucharlos. A menudo me temo que tantas iniciativas, aun siendo meritorias y necesarias, están dirigidas más a complacernos a nosotros mismos que a acoger el clamor del pobre. En tal caso, cuando los pobres hacen sentir su voz, la reacción no es coherente, no es capaz de sintonizar con su condición. Estamos tan atrapados por una cultura que obliga a mirarse al espejo y a preocuparse excesivamente de sí mismo, que pensamos que basta con un gesto de altruismo para quedarnos satisfechos, sin tener que comprometernos directamente.

3. El segundo verbo es “*responder*”. El salmista dice que el Señor, no solo escucha el grito del pobre, sino que le responde. Su respuesta, como se muestra en toda la historia de la salvación, es una participación llena de amor en la condición del pobre. Así ocurrió cuando Abrahán manifestó a Dios su deseo de tener una descendencia, a pesar de que él y su mujer Sara, ya ancianos, no tenían hijos (cf. *Gn* 15,1-6). También sucedió cuando Moisés, a través del fuego de una zarza que ardía sin consumirse, recibió la revelación del nombre divino y la misión de hacer salir al pueblo de Egipto (cf. *Ex* 3,1-15). Y esta respuesta se confirmó a lo largo de todo el camino del pueblo por el desierto, cuando sentía el mordisco del hambre y de la sed (cf. *Ex* 16,1-16; 17,1-7), y cuando caían en la peor miseria, es decir, la infidelidad a la alianza y la idolatría (cf. *Ex* 32,1-14).

La respuesta de Dios al pobre es siempre una intervención de salvación para curar las heridas del alma y del cuerpo, para restituir justicia y para ayudar a reemprender la vida con dignidad. La respuesta de Dios es también una invitación a que todo el que cree en él obre de la misma manera, dentro de los límites humanos. La *Jornada Mundial de los Pobres* pretende ser una pequeña respuesta que la Iglesia entera, extendida por el mundo, dirige a los pobres de todo tipo y de cualquier lugar para que no piensen que su grito se ha perdido en el vacío. Probablemente es como una gota de agua en el desierto de la pobreza; y sin embargo puede ser un signo de cercanía para cuantos pasan necesidad, para que sientan la presencia activa de un hermano o una hermana. Lo que no necesitan los pobres es un acto de delegación, sino el compromiso personal de aquellos que escuchan su clamor. La solicitud de los creyentes no puede limitarse a una forma de asistencia —que es necesaria y providencial en un primer momento—, sino que exige esa «atención amante» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 199), que honra al otro como persona y busca su bien.

4. El tercer verbo es “*liberar*”. El pobre de la Biblia vive con la certeza de que Dios interviene en su favor para restituirle la dignidad. La pobreza no es algo buscado, sino que es causada por el egoísmo, el orgullo, la avaricia y la injusticia. Males tan antiguos como el hombre, pero que son siempre pecados, que afectan a tantos inocentes, produciendo consecuencias sociales dramáticas. La acción con la que el Señor libera es un acto de salvación para quienes le han manifestado su propia tristeza y angustia. Las cadenas de la pobreza se rompen gracias a la potencia de la intervención de Dios. Tantos salmos narran y celebran esta historia de salvación que se refleja en la vida personal del pobre: «[El Señor] no ha sentido desprecio ni repugnancia hacia el pobre desgraciado; no le ha escondido su rostro: cuando pidió auxilio, lo escuchó» (*Sal* 22,25). Poder contemplar el rostro de Dios es signo de su amistad, de su cercanía, de su salvación. Te has fijado en mi aflicción, velas por mi vida en peligro; [...] me pusiste en un lugar espacioso (cf. *Sal* 31,8-9). Ofrecer al pobre un “lugar espacioso” equivale a liberarlo de la “red del cazador” (cf. *Sal* 91,3), a alejarlo de la trampa tendida en su camino, para que pueda caminar libremente y mirar la vida con ojos serenos. La salvación de Dios adopta la forma de una mano tendida hacia el pobre, que acoge, protege y hace posible experimentar la amistad que tanto necesita. A partir de esta cercanía, concreta y tangible, comienza un genuino itinerario de liberación: «Cada cristiano y cada comunidad están llamados a ser instrumentos de Dios para la liberación y promoción de los pobres, de manera que puedan integrarse plenamente en la sociedad; esto supone que seamos dóciles y atentos para escuchar el clamor del pobre y socorrerlo» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 187).

5. Me conmueve saber que muchos pobres se han identificado con Bartimeo, del que habla el evangelista Marcos (cf. 10,46-52). El ciego Bartimeo «estaba sentado al borde del camino pidiendo limosna» (v. 46), y habiendo escuchado que Jesús pasaba «empezó a gritar» y a invocar al «Hijo de David» para que tuviera piedad de él (cf. v. 47). «Muchos lo increpaban para que se callara. Pero él gritaba más fuerte» (v. 48). El Hijo de Dios escuchó su grito: «“¿Qué quieres que haga por ti?”. El ciego le contestó: “*Rabbuni*, que recobre la vista”» (v. 51). Esta página del Evangelio hace visible lo que el salmo anunciaba como promesa. Bartimeo es un pobre que se encuentra privado de capacidades fundamentales, como son la de ver y trabajar. ¡Cuántas sendas conducen también hoy a formas de

precariedad! La falta de medios básicos de subsistencia, la marginación cuando ya no se goza de la plena capacidad laboral, las diversas formas de esclavitud social, a pesar de los progresos realizados por la humanidad... Cuántos pobres están también hoy al borde del camino, como Bartimeo, buscando dar un sentido a su condición. Muchos se preguntan cómo han llegado hasta el fondo de este abismo y cómo poder salir de él. Esperan que alguien se les acerque y les diga: «Ánimo. Levántate, que te llama» (v. 49).

Por el contrario, lo que lamentablemente sucede a menudo es que se escuchan las voces del reproche y las que invitan a callar y a sufrir. Son voces destempladas, con frecuencia determinadas por una fobia hacia los pobres, a los que se les considera no solo como personas indigentes, sino también como gente portadora de inseguridad, de inestabilidad, de desorden para las rutinas cotidianas y, por lo tanto, merecedores de rechazo y apartamiento. Se tiende a crear distancia entre los otros y uno mismo, sin darse cuenta de que así nos distanciamos del Señor Jesús, quien no solo no los rechaza sino que los llama a sí y los consuela. En este caso, qué apropiadas se nos muestran las palabras del profeta sobre el estilo de vida del creyente: «Soltar las cadenas injustas, desatar las correas del yugo, liberar a los oprimidos, quebrar todos los yugos, partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo» (Is 58,6-7). Este modo de obrar permite que el pecado sea perdonado (cf. *IP* 4,8), que la justicia recorra su camino y que, cuando seamos nosotros los que gritemos al Señor, entonces él nos responderá y dirá: ¡Aquí estoy! (cf. *Is* 58, 9).

6. Los pobres son los primeros capacitados para reconocer la presencia de Dios y dar testimonio de su proximidad en sus vidas. Dios permanece fiel a su promesa, e incluso en la oscuridad de la noche no deja que falte el calor de su amor y de su consolación. Sin embargo, para superar la opresiva condición de pobreza es necesario que ellos perciban la presencia de los hermanos y hermanas que se preocupan por ellos y que, abriendo la puerta de su corazón y de su vida, los hacen sentir familiares y amigos. Solo de esta manera podremos «reconocer la fuerza salvífica de sus vidas» y «ponerlos en el centro del camino de la Iglesia» (Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, 198).

En esta *Jornada Mundial* estamos invitados a concretar las palabras del salmo: «Los pobres comerán hasta saciarse» (*Sal* 22,27). Sabemos que tenía lugar el banquete en el templo de Jerusalén después del rito del sacrificio. Esta ha sido una experiencia que ha enriquecido en muchas Diócesis la celebración de la primera *Jornada Mundial de los Pobres* del año pasado. Muchos encontraron el calor de una casa, la alegría de una comida festiva y la solidaridad de cuantos quisieron compartir la mesa de manera sencilla y fraterna. Quisiera que también este año, y en el futuro, esta *Jornada* se celebrara bajo el signo de la alegría de redescubrir el valor de estar juntos. Orar juntos en comunidad y compartir la comida en el domingo. Una experiencia que nos devuelve a la primera comunidad cristiana, que el evangelista Lucas describe en toda su originalidad y sencillez: «Perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. [...] Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (*Hch* 2,42.44-45).

7. Son innumerables las iniciativas que diariamente emprende la comunidad cristiana como signo de cercanía y de alivio a tantas formas de pobreza que están ante nuestros ojos. A menudo, la colaboración con otras iniciativas, que no están motivadas por la fe sino por la solidaridad humana, nos permite brindar una ayuda que solos no podríamos realizar. Reconocer que, en el inmenso mundo de la pobreza, nuestra intervención es también limitada, débil e insuficiente, nos lleva a tender la mano a los demás, de modo que la colaboración mutua pueda lograr su objetivo con más eficacia. Nos mueve la fe y el imperativo de la caridad, aunque sabemos reconocer otras formas de ayuda y de solidaridad que, en parte, se fijan los mismos objetivos; pero no descuidemos lo que nos es propio, a saber, llevar a todos hacia Dios y hacia la santidad. Una respuesta adecuada y plenamente evangélica

que podemos dar es el diálogo entre las diversas experiencias y la humildad en el prestar nuestra colaboración sin ningún tipo de protagonismo.

En relación con los pobres, no se trata de jugar a ver quién tiene el primado en el intervenir, sino que con humildad podamos reconocer que el Espíritu suscita gestos que son un signo de la respuesta y de la cercanía de Dios. Cuando encontramos el modo de acercarnos a los pobres, sabemos que el primado le corresponde a él, que ha abierto nuestros ojos y nuestro corazón a la conversión. Lo que necesitan los pobres no es protagonismo, sino ese amor que sabe ocultarse y olvidar el bien realizado. Los verdaderos protagonistas son el Señor y los pobres. Quien se pone al servicio es instrumento en las manos de Dios para que se reconozca su presencia y su salvación. Lo recuerda san Pablo escribiendo a los cristianos de Corinto, que competían entre ellos por los carismas, en busca de los más prestigiosos: «El ojo no puede decir a la mano: “No te necesito”; y la cabeza no puede decir a los pies: “No os necesito”» (*I Co* 12,21). El Apóstol hace una consideración importante al observar que los miembros que parecen más débiles son los más necesarios (cf. v. 22); y que «los que nos parecen más despreciables los rodeamos de mayor respeto; y los menos decorosos los tratamos con más decoro; mientras que los más decorosos no lo necesitan» (vv. 23-24). Pablo, al mismo tiempo que ofrece una enseñanza fundamental sobre los carismas, también educa a la comunidad a tener una actitud evangélica con respecto a los miembros más débiles y necesitados. Los discípulos de Cristo, lejos de albergar sentimientos de desprecio o de pietismo hacia ellos, están más bien llamados a honrarlos, a darles precedencia, convencidos de que son una presencia real de Jesús entre nosotros. «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (*Mt* 25,40).

8. Aquí se comprende la gran distancia que hay entre nuestro modo de vivir y el del mundo, el cual elogia, sigue e imita a quienes tienen poder y riqueza, mientras margina a los pobres, considerándolos un desecho y una vergüenza. Las palabras del Apóstol son una invitación a darle plenitud evangélica a la solidaridad con los miembros más débiles y menos capaces del cuerpo de Cristo: «Y si un miembro sufre, todos sufren con él; si un miembro es honrado, todos se alegran con él» (*I Co* 12,26). Siguiendo esta misma línea, así nos exhorta en la Carta a los Romanos: «Alegraos con los que están alegres; llorad con los que lloran. Tened la misma consideración y trato unos con otros, sin pretensiones de grandeza, sino poniéndoos al nivel de la gente humilde» (12,15-16). Esta es la vocación del discípulo de Cristo; el ideal al que aspirar con constancia es asimilar cada vez más en nosotros los «sentimientos de Cristo Jesús» (*Flp* 2,5).

9. Una palabra de esperanza se convierte en el epílogo natural al que conduce la fe. Con frecuencia, son precisamente los pobres los que ponen en crisis nuestra indiferencia, fruto de una visión de la vida excesivamente inmanente y atada al presente. El grito del pobre es también un grito de esperanza con el que manifiesta la certeza de que será liberado. La esperanza fundada en el amor de Dios, que no abandona a quien confía en él (cf. *Rm* 8,31-39). Así escribía santa Teresa de Ávila en su *Camino de perfección*: «La pobreza es un bien que encierra todos los bienes del mundo. Es un señorío grande. Es señorear todos los bienes del mundo a quien no le importan nada» (2,5). En la medida en que sepamos discernir el verdadero bien, nos volveremos ricos ante Dios y sabios ante nosotros mismos y ante los demás. Así es: en la medida en que se logra dar a la riqueza su sentido justo y verdadero, crecemos en humanidad y nos hacemos capaces de compartir.

10. Invito a los hermanos obispos, a los sacerdotes y en particular a los diáconos, a quienes se les impuso las manos para el servicio de los pobres (cf. *Hch* 6,1-7), junto con las personas consagradas y con tantos laicos y laicas que en las parroquias, en las asociaciones y en los movimientos, hacen tangible la respuesta de la Iglesia al grito de los pobres, a que vivan esta *Jornada Mundial* como un momento privilegiado de nueva evangelización. Los pobres nos evangelizan, ayudándonos a descubrir cada día la belleza del Evangelio. No echemos en saco roto esta oportunidad de gracia.

Sintámonos todos, en este día, deudores con ellos, para que tendiendo recíprocamente las manos unos a otros, se realice el encuentro salvífico que sostiene la fe, vuelve operosa la caridad y permite que la esperanza prosiga segura en su camino hacia el Señor que llega.

*Vaticano, 13 de junio de 2018*

*Memoria litúrgica de san Antonio de Padua*

Francisco

## HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO I JORNADA MUNDIAL DE LOS POBRES

Basílica Vaticana  
XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario, 19 de noviembre de 2017

Tenemos la alegría de partir el pan de la Palabra, y dentro de poco de partir y recibir el Pan Eucarístico, que son alimento para el camino de la vida. Todos lo necesitamos, ninguno está excluido, porque todos somos *mendigos de lo esencial*, del amor de Dios, que nos da el sentido de la vida y una vida sin fin. Por eso hoy también tendemos la mano hacia Él para recibir sus dones.

La parábola del Evangelio nos habla precisamente de dones. Nos dice que somos destinatarios de los talentos de Dios, «cada cual según su capacidad» (Mt 25,15). En primer lugar, debemos reconocer que tenemos talentos, somos «talentosos» a los ojos de Dios. Por eso nadie puede considerarse inútil, ninguno puede creerse tan pobre que no pueda dar algo a los demás. Hemos sido elegidos y bendecidos por Dios, que desea colmarnos de sus dones, mucho más de lo que un papá o una mamá quieren para sus hijos. Y Dios, para el que ningún hijo puede ser descartado, confía a cada uno una misión.

En efecto, como Padre amoroso y exigente que es, nos hace ser responsables. En la parábola vemos que cada siervo recibe unos talentos para que los multiplique. Pero, mientras los dos primeros realizan la misión, el tercero no hace fructificar los talentos; restituye sólo lo que había recibido: «Tuve miedo —dice—, y fui y escondí tu talento en la tierra; mira, aquí tienes lo que es tuyo» (v. 25). Este siervo recibe como respuesta palabras duras: «Siervo malo y perezoso» (v. 26). ¿Qué es lo que no le ha gustado al Señor de él? Para decirlo con una palabra que tal vez ya no se usa mucho y, sin embargo, es muy actual, diría: la *omisión*. Lo que hizo mal fue no haber hecho el bien. Muchas veces nosotros estamos también convencidos de no haber hecho nada malo y así nos contentamos, presumiendo de ser buenos y justos. Pero, de esa manera corremos el riesgo de comportarnos como el siervo malvado: tampoco él hizo nada malo, no destruyó el talento, sino que lo guardó bien bajo tierra. Pero no hacer nada malo no es suficiente, porque Dios no es un revisor que busca billetes sin timbrar, es un Padre que sale a buscar hijos para confiarles sus bienes y sus proyectos (cf. v. 14). Y es triste cuando el Padre del amor no recibe una respuesta de amor generosa de parte de sus hijos, que se limitan a respetar las reglas, a cumplir los mandamientos, como si fueran asalariados en la casa del Padre (cf. Lc 15,17).

El siervo malvado, a pesar del talento recibido del Señor, el cual ama compartir y multiplicar los dones, lo ha custodiado celosamente, se ha conformado con preservarlo. Pero quien se preocupa sólo de conservar, de mantener los tesoros del pasado, no es fiel a Dios. En cambio, la parábola dice que quien añade nuevos talentos, ese es verdaderamente «fiel» (vv. 21.23), porque tiene la misma mentalidad de Dios y no permanece inmóvil: arriesga por amor, se juega la vida por los demás, no acepta el dejarlo todo como está. Sólo una cosa deja de lado: su propio beneficio. Esta es la única omisión justa.

La omisión es también el mayor pecado contra los pobres. Aquí adopta un nombre preciso: *indiferencia*. Es decir: «No es algo que me concierne, no es mi problema, es culpa de la sociedad». Es mirar a otro lado cuando el hermano pasa necesidad, es cambiar de canal cuando una cuestión sería nos molesta, es también indignarse ante el mal, pero no hacer nada. Dios, sin embargo, no nos preguntará si nos hemos indignado con razón, sino si hicimos el bien.



Entonces, ¿cómo podemos complacer al Señor de forma concreta? Cuando se quiere agradar a una persona querida, haciéndole un regalo, por ejemplo, es necesario antes de nada conocer sus gustos, para evitar que el don agrade más al que lo hace que al que lo recibe. Cuando queremos ofrecer algo al Señor, encontramos sus gustos en el Evangelio. Justo después del pasaje que hemos escuchado hoy, Él nos dice: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). Estos hermanos más pequeños, sus predilectos, son el hambriento y el enfermo, el forastero y el encarcelado, el pobre y el abandonado, el que sufre sin ayuda y el necesitado descartado. Sobre sus rostros podemos imaginar impreso su rostro; sobre sus labios, incluso si están cerrados por el dolor, sus palabras: «Esto es mi cuerpo» (Mt 26,26). En el pobre, Jesús llama a la puerta de nuestro corazón y, sediento, nos pide amor. Cuando vencemos la indiferencia y en el nombre de Jesús nos prodigamos por sus hermanos más pequeños, somos sus amigos buenos y fieles, con los que él ama estar. Dios lo aprecia mucho, aprecia la actitud que hemos escuchado en la primera Lectura, la de la «mujer fuerte» que «abre sus manos al necesitado y tiende sus brazos al pobre» (Pr 31,10.20). Esta es la verdadera fortaleza: no los puños cerrados y los brazos cruzados, sino las manos laboriosas y tendidas hacia los pobres, hacia la carne herida del Señor.

Ahí, en los pobres, se manifiesta la presencia de Jesús, que siendo rico se hizo pobre (cf. 2 Co 8,9). Por eso en ellos, en su debilidad, hay una «fuerza salvadora». Y si a los ojos del mundo tienen poco valor, son ellos los que nos abren el camino hacia el cielo, son «nuestro pasaporte para el paraíso». Es para nosotros un deber *evangélico* cuidar de ellos, que son nuestra verdadera riqueza, y hacerlo no sólo dando pan, sino también partiendo con ellos el pan de la Palabra, pues son sus destinatarios más naturales. Amar al pobre significa luchar contra todas las pobrezas, espirituales y materiales.

Y nos hará bien acercarnos a quien es más pobre que nosotros, tocará nuestra vida. Nos hará bien, nos recordará lo que verdaderamente cuenta: amar a Dios y al prójimo. Sólo esto dura para siempre, todo el resto pasa; por eso, lo que invertimos en amor es lo que permanece, el resto desaparece. Hoy podemos preguntarnos: «¿Qué cuenta para mí en la vida? ¿En qué invierto? ¿En la riqueza que pasa, de la que el mundo nunca está satisfecho, o en la riqueza de Dios, que da la vida eterna?». Esta es la elección que tenemos delante: vivir para tener en esta tierra o dar para ganar el cielo. Porque para el cielo no vale lo que se tiene, sino lo que se da, y «el que acumula tesoro para sí» no se hace «rico para con Dios» (Lc 12,21). No busquemos lo superfluo para nosotros, sino el bien para los demás, y nada de lo que vale nos faltará. Que el Señor, que tiene compasión de nuestra pobreza y nos reviste de sus talentos, nos dé la sabiduría de buscar lo que cuenta y el valor de amar, no con palabras sino con hechos.

**I propuesta de Lectio**  
***Repartían los bienes entre todos, según la necesidad de cada uno***  
***(Hch 2, 45)***

Los pobres no son bienaventurados porque son pobres, sino que se convierten en tales cuando no dejan de confiar en el Señor. No hay ningún pasaje del Antiguo y Nuevo Testamento que exalte la pobreza como una virtud. En sí mismo es una expresión de indigencia y marginación, pero se transforma en valor, cuando la pobreza está motivada por la confianza, el seguimiento y el compartir. En primer lugar, el pobre es bienaventurado cuando está convencido de que el Señor escucha su grito de angustia (*Sal 33,7*). Entonces el Señor se acerca a los atribulados, salva a los abatidos y nada les falta a los que le temen, como continúa diciendo el Salmo que acabamos de citar. Sólo cuando está impregnada de la confianza en el Señor, la pobreza se convierte en un desafío para aquellos que confían en la riqueza, como si Dios no existiera. Entonces el impacto del Salmo resuena en el *Magnificat* de María porque Dios es capaz de colmar de bienes a los hambrientos y despedir vacíos a los ricos (*Lc 1,53*).

A la confianza del pobre en el Señor, Jesús de Nazaret añade la pobreza como seguimiento. Desde el comienzo de su vida pública, no ha hecho una simple elección “preferencial” por los pobres, sino que ha evangelizado a los pobres (cfr. *Lc 4,18*) y ha propuesto la pobreza como una condición para el discipulado. Elocuente es el diálogo con el joven rico (cfr. *Mt 19,16-22*): Jesús lo coloca ante la encrucijada entre sus bienes y el discipulado. No es que el evangelio del reino se dirija sólo a los pobres, pero Jesús sabía muy bien que eligiendo a los últimos, el seguimiento es posible también para los ricos, mientras que lo contrario es casi imposible. Movidos por el seguimiento, los pobres no son sólo los destinatarios del Evangelio, sino que se convierten ellos mismos en testigos del Evangelio. De evangelizados, se convierten en evangelizadores cuando los pobres eligen la puerta estrecha del seguimiento y no la extensa de la riqueza. Y es en esta relación entre seguimiento y pobreza dónde los pobres son bienaventurados: de ellos es el reino de los cielos (cfr. *Lc 5,20*). La bienaventuranza de los pobres no está pensada para el futuro, sino que se realiza en el presente de quienes eligen el camino del discipulado.

En este camino, las primeras comunidades cristianas repartían los bienes entre todos y nadie pasaba necesidad, como recuerda uno de los sumarios que Lucas presenta en los Hechos de los Apóstoles. El compartir los bienes como condición de pobreza representa la situación de los pobres que confían en el Señor y están dispuestos a seguir a Jesús para caracterizar la vida eclesial. Por dos veces el autor de Hechos menciona el compartir los bienes en los llamados “sumarios”, dedicados a la vida de las primeras comunidades cristianas. En el primer sumario, el foco se centra en la vida en común (*Hch 2,42-47*); en el segundo, se añade la unidad de quienes tienen un sólo corazón y una sola alma (*Hch 4,32-35*). En una primera lectura, los dos sumarios que estamos recordando generan una especie de nostalgia por la edad de oro de la iglesia primitiva, en detrimento de la contemporánea. En realidad, los mismos sumarios son inmediatamente desmentidos por el hecho de que no todos compartían sus bienes, como lo demuestran las actitudes de Ananías y Sáfira que retuvieron parte de sus bienes para sí mismos (*Hch 5,1-11*). Así, el autor de los Hechos presenta dos cuadros de conjunto que, al mismo tiempo, reflejan la realidad presente y apuntan hacia el ideal de vida eclesial. Como si dijera que el compartir los bienes y la superación de la pobreza (y de cualquier pobreza) son valores inalienables y permanentes para la Iglesia de todos los tiempos. De esta manera, Lucas entrega también a nuestras comunidades algunas realidades de perenne actualidad, como la fracción del pan, la libertad y el crecimiento.

No es casualidad que el primer sumario comience con la perseverancia en la enseñanza de los apóstoles, la comunión, la fracción del pan y la oración (*Hch 2,42*). Sólo en un segundo momento se recuerda el compartir los bienes y la superación de las situaciones de necesidad entre los creyentes. Lo primero es compartir la oración y la Eucaristía, que crean un impulso natural hacia la donación de

bienes. Sin la oración y la Eucaristía, cualquier forma de comunión de bienes no puede durar mucho tiempo. Cuando, en cambio, es sostenida por la oración y la Eucaristía, el mismo compartir los bienes se convierte en un culto agradable al Señor. Expresivo es el término que une la Eucaristía y la comunión de bienes: *koinonía* (comunión) es expresión de lo que es *koinos* o en común; y *koinos* es el impuro. Viéndolo en profundidad cada verdadera comunión es contaminación, en el sentido más elevado del término. Nos contaminamos de las heridas y pobreza de los demás cuando la comunión eucarística se convierte en comunión de bienes. Por eso, cuanto más perseveramos en la oración, más constantes somos en la caridad; es una de las principales líneas transversales del Evangelio de Lucas y de los Hechos de los Apóstoles.

Los dos sumarios sobre la vida de la Iglesia a menudo han sido mal interpretados, especialmente cuando, en nombre de la comunión de bienes, se ha emprendido la vía de la obligación y la igualdad. En realidad, ninguno de los que compartieron sus bienes se vio obligado a hacerlo, ni se hacía ilusiones de que, de esta manera, todos los creyentes alcanzarían el mismo nivel económico y social. El caso de Ananías y Safira, mencionado anteriormente, demuestra que la libertad es la condición necesaria para la comunión de bienes y nunca la imposición. Donde a causa de la comunión de bienes se suprime la libertad del otro, se comete la máxima injusticia, mientras que la libertad como servicio es lo que garantiza la comunión más sincera. Expresión de libertad para compartir con los pobres es el gozo y la alegría de aquel que, sostenido por la fracción del pan, reconoce el cuerpo eucarístico en el cuerpo de Cristo que forman los creyentes. En su díptico del tercer Evangelio y de Hechos, Lucas se refiere a menudo al binomio del compartir y de la alegría, porque es a partir de esta última que se mide la sinceridad de la primera y no a la inversa. Sólo cuando se llena de alegría, Zaqueo acoge a Jesús en su propia casa y es capaz de dar la mitad de sus bienes a los pobres (cfr. *Lc* 19,6-8).

La tercera referencia a la vida de las primeras comunidades es su crecimiento: Lucas precisa que día tras día el Señor iba agregando a la comunidad a los que se iban salvando (*Hch* 2,47). La iglesia que comparte los bienes y se encarga de las necesidades de los pobres no se encuentra fuera de la ciudad, ni es una secta relegada a los márgenes de la sociedad, sino que vive y crece en la ciudad. No es difícil encontrar expresiones de comunión de bienes entre movimientos y sectas separadas de sus contextos sociales. En cambio, es un desafío constante que el intercambio de bienes se realice en la ciudad y en el mismo tejido social; es el mensaje que Lucas lanza para la Iglesia de todos los tiempos. Así, el conocido dicho proverbial de que “todas las cosas se comparten entre amigos” se realiza cuando todo se pone en común entre los creyentes. El favor de la gente hacia las primeras comunidades es expresión de una credibilidad conquistada: de una Iglesia que comparte los bienes y se hace cargo de las necesidades de los pobres y no de una vuelta hacia sí misma que, con el paso del tiempo, se empobrece en lugar de crecer.

La doble vertiente de los sumarios que hemos mencionado – la situación real y el ideal de vida eclesial – encuentran su expresión más concreta en la colecta para los pobres de la Iglesia de Jerusalén por parte de las iglesias individuales: una iniciativa que acompaña la vida de la Iglesia desde sus orígenes proviene de la emergencia por una gran carestía que golpeó al imperio. Así nace de modo espontáneo el reparto de bienes entre las Iglesias cuyos rasgos principales se presentan en los sumarios que hemos comentado. Dicha colecta es expresión de la comunión entre las Iglesias, donde se destaca la generosidad de las Iglesias más pobres a favor de las que pasan necesidad. Tampoco aquí la colecta se realiza movida por alguna obligación ni está determinada por una cuota fija, sino que es expresión de la libertad de cada uno. Se atestigua además el crecimiento de la Iglesia en la ciudad, donde las primeras comunidades cristianas se extienden como un incendio forestal.

Modelo inalcanzable de la colecta para los pobres es Nuestro Señor Jesucristo con su gracia: que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cfr. *2Cor* 8,9). El de Cristo sigue siendo un modelo inalcanzable porque nunca hemos visto a alguien que se prive de su riqueza para enriquecer a otros. En general, aquellos que dilapidan sus bienes no enriquecen a nadie con su pobreza. Sin embargo, precisamente porque es inimitable, la rica pobreza de Cristo genera una ejemplaridad en continua realización y nunca adquirida por nadie. Si durante su vida pública Jesús

evangelizó a los pobres y la pobreza es una condición para seguirlo, en el tiempo de la Iglesia la comunión de bienes es necesaria para que sea remediada cualquier forma de pobreza.

## **II propuesta de Lectio**

### ***El Señor escucha el grito del pobre***

### ***Cómo la generosidad de Dios puede inspirarnos***

En los suburbios de Manila, Nairobi y Lima (así como en muchas megalópolis de países desarrollados) encontramos la pobreza en su forma extrema. Esta pobreza amenaza la salud y la vida, poniendo en peligro la dignidad de la humanidad. Podemos encontrar la pobreza extrema entre aquellos que escapan de conflictos violentos y aquellos que sufren las consecuencias del cambio climático. Millones de nuestros hermanos y hermanas viven en condiciones poco sostenibles. Niños que mueren sin ni siquiera tener la oportunidad de afrontar los desafíos de la vida y de trabajar por un futuro mejor. La mayor parte de estos sufrimientos no se deben a la falta de recursos, sino a la violencia de los conflictos y a la falta de buena voluntad política para otorgar a todos un mínimo acceso a los tesoros de la tierra. Aquellos de nosotros que vivimos una vida mejor, tratamos de evitar, o incluso reprimir, esta realidad.

La sensibilidad de Dios, en cambio, está dirigida ante todo y sobre todo a los que sufren. «Este pobre llora y el Señor lo escucha» (*Sal 34, 7*). Palabras consoladoras como estas pueden ser malinterpretadas como una especie de “opio de los pueblos”, confinando el tema de la pobreza al ámbito de la espiritualidad y minimizando nuestro sentido de responsabilidad social. Sin embargo, la sensibilidad de Dios hacia el grito del pobre va justo en sentido contrario: nos anima a imitar a Dios en ser sensibles a la cuestión de la pobreza. La idea de la “imitación de Dios” se expresa concretamente en la enseñanza de Moisés en el Libro de Deuteronomio: Dios “hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al emigrante, dándole pan y vestido. Amaréis al emigrante, porque emigrantes fuisteis en Egipto” (*Dt 10, 18-19*). En efecto, Dios se ocupa de los necesitados y sus fieles son llamados a colaborar con él. Emigrantes, es decir, refugiados y víctimas de las migraciones forzadas, han estado sujetos a la dureza humana, así como a las dificultades económicas hasta el día de hoy. Es por eso que disfrutaron de una atención especial en la ética divina del Sinaí: “Lo amarás como a ti mismo, porque emigrantes fuistéis en Egipto” (*Lv 19, 34*).

La atención a la pobreza de la humanidad comienza con una experiencia personal concreta. El abismo de sufrimiento causado por la pobreza se puede experimentar cuando visitamos las periferias, dónde las personas viven entre montones de desechos producidos por los demás. La percepción de Dios sobre el sufrimiento, tan enfatizada en el libro del Éxodo, es la razón de su plan de redención: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra, para llevarlo a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel» (*Ex 3,7-8*). Aunque el camino hacia una vida mejor puede ser largo: ¡el pueblo de Dios ha caminado por el desierto durante cuarenta años! -, esta comienza con la visión y la esperanza de la liberación.

La cuestión de la pobreza requiere más que nunca una atención y reflexión a nivel global. La generosidad universal de Dios se ve en los relatos bíblicos de la creación. El mundo con todas sus riquezas es algo «muy bueno» a los ojos de Dios (*Gen 1,31*). El Señor confía el mundo a la humanidad: «Le diste el mando sobre las obras de tus manos, todo lo sometiste bajo sus pies: rebaños de ovejas y toros, y hasta las bestias del campo, las aves del cielo, los peces del mar» (*Sal 8,7-9*). Si bien estas palabras sonaban utópicas en la antigüedad, cuando la humanidad por lo general temía a

los animales salvajes y a los monstruos marinos, pueden sonar como una concreta e impactante profecía para nuestros oídos modernos. La humanidad ha desarrollado métodos terroríficos de dominación de la naturaleza. Sin embargo, en lugar de someterla, estamos llamados a cuidarla. Dios creó a Adán y lo colocó en el hermoso jardín de Edén «para que lo guardara y lo cultivara» (*Gen* 2,15). Estamos llamados a apoyar las iniciativas actuales que promueven el uso responsable de los recursos naturales, la sostenibilidad y la cooperación global. Al proteger nuestro planeta, imitamos al mismo Dios, que plantó los cedros del Líbano (*Sal* 104,16) y alimenta a los cachorros que «rugen por la presa, reclamando a Dios su comida» (*Sal* 104,21).

La generosidad de Dios con la creación proporciona los recursos para eliminar la pobreza deshumanizante. El Señor llama a toda la humanidad a aprender de la belleza de su creación y a imitar la abundante generosidad que vemos en ella. «Los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo; abres tú la mano, y sacias de favores a todo viviente» (*Sal* 145,15-16). Así como las manos de Dios están continuamente abiertas, a nosotros también nos invita a abrirlas: «Abre tu mano a tu hermano, al indigente, al pobre de tu tierra» (*Dt* 15,11).

La generosidad de Dios llega al extremo cuando desciende hasta la pobreza humana en el pesebre de Belén (*Lc* 2). En su vida y misión, Jesús incluye la curación de los enfermos y la integración de los excluidos de la sociedad. Los médicos y los trabajadores sociales tienen el honor de seguir a Jesús en esta misión. No la riqueza, sino la generosidad es lo que Jesús aprecia cuando alaba la ofrenda de la viuda pobre (*Mc* 12,41-44). Jesús se identifica también con los más necesitados. El criterio último de nuestra relación con Jesús es: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (*Mt* 25,40).

Pablo acusa a los Corintios de una falta de sensibilidad hacia aquellos que están en desventaja económica dentro de la comunidad (*1Cor* 11,21ss). Lucas, en cambio, nos habla de la actitud radical de generosidad y de comunión que existió entre los primeros cristianos, inspirados por el Espíritu Santo: «Vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno» (*Hch* 2,45). Esta generosidad no es un acto exterior, sino expresión de la misma fe. Surge de la conciencia de que la vida se realiza colaborando en la construcción del Reino de Dios. «¿Acaso no eligió Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que lo aman?» (*Sant* 2,5). Juan nos anima a amar «con obras y en verdad» (*1Jn* 3,18). Los “hechos” presuponen oídos abiertos al grito de los que sufren y a la llamada de Dios a colaborar con el proyecto divino de liberación. Amar a la “verdad” puede realizarse hoy buscando de qué manera podemos contribuir al bien común de la humanidad.

La palabra de Dios infunde un espíritu de optimismo valiente, de compromiso activo y de cooperación. Todos los creyentes en Dios el Creador están llamados a considerar a la humanidad como una única comunidad. Todos los dones humanos – intelectuales, sociales y espirituales – son necesarios en la colaboración para que el mundo sea algo “muy bueno” a los ojos de Dios.

Sugerencias para la lectura espiritual y la meditación: *Dt* 10,16-19; *Sal* 104; *Hch* 2, 41-47.

### **III Propuesta de Lectio**

***Este pobre gritó y el Señor lo escuchó (Sal 33,7a)***

***El grito de los pobres como una llamada de Dios***

El salmo habla de “este pobre”, es decir, no de los pobres en general sino de un pobre bien determinado. Esto recuerda un pasaje del Deuteronomio que dice: “Abre tu mano al pobre de tu tierra” (*Dt* 15,11). El pobre en la Biblia es siempre una persona concreta o, en todo caso, una persona, nunca una categoría que queda en el trasfondo. *Nunca dejará de haber pobres en la tierra; por eso, yo te mando: Abre tu mano a tu hermano, al indigente, al pobre de tu tierra (Dt 15,11).*

Pero el texto original dice: «Abre tu mano a tu hermano, al indigente, al pobre de tu tierra». A lo que debemos prestar atención es a esa partícula, a ese adjetivo posesivo “tuyo”: tu mano, tu hermano, pero, sobre todo, tu pobre e indigente. Dios no habla en plural, no dice “nuestros o vuestros

hermanos, nuestros o vuestros pobres”, sino que parece querer que cada uno se ocupe de un pobre concreto, de un necesitado concreto y que establezca con él una relación personal. Aún más, quiere que descubramos en nosotros mismos al otro que tiene necesidad de ayuda.

El otro nos concierne porque está en nosotros. Cada persona no es una identidad aislada: su historia forma parte de otras historias, se entrelaza con otras vidas formando una trama indescifrable. Y este es el fundamento ético del estar pendientes los unos de los otros. El mismo principio alcanza su cúlmen en el Evangelio según San Mateo, capítulo 25: “Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis”. ¿Pero quiénes son los pequeños? Jesús no da una definición, entre otras cosas porque, si él la diera, acabaríamos haciendo el bien sólo a esa categoría de personas, descuidando o perjudicando a los demás. Cada uno tiene sus “mas pequeños”, que son aquellos que le están más antipáticos, aquellos que ayuda con un mayor esfuerzo. El hombre que en el camino de Jerusalén a Jericó se encontró los bandidos era un judío, y el único que lo ayudó fue un samaritano, que en teoría habría sido casi un enemigo. Pero el samaritano tuvo compasión y ayudó al judío gravemente herido. La caridad, la solidaridad supera las barreras habituales entre las personas, como la pertenencia étnica o religiosa.

Se sabe que Jesús en la parábola del Buen Samaritano (*Lc 10,25-37*) cambia el discurso. De hecho, se le pregunta: “¿Quién es mi prójimo?” en la perspectiva de a quién puede ayudar; pero Jesús cambia de perspectiva y parece más bien invitar al oyente a ponerse en el lugar de la víctima. ¿Cómo es posible tener compasión del otro si uno no tiene empatía con los que sufren? ¿Cómo es posible cuidar del otro si entra en contradicción con él? La relación de proximidad presupone que uno se descubre vecino y hermano, incluso en la diferencia.

Al proponer una definición tan amplia de los pobres y de los pequeños, no se quiere decir que la pobreza en sentido estricto, la pobreza material, no sea grave. En realidad, la definición amplia sirve precisamente para hacernos entender cómo nosotros somos una sola cosa con los pobres materiales, desde el punto de vista evangélico. Pero este no es en absoluto nuestro punto de vista ordinario. Nosotros nos sentimos bien distintos de la mayoría de los pobres. En cambio, Jesucristo, que es el Hijo de Dios según nuestra fe, se identifica totalmente con los pobres y los últimos, los extranjeros, los presos, etc. Debido a nuestra dificultad para identificarnos con los pobres, es útil considerar la pobreza en un sentido más amplio, viendo de qué manera podemos reconocernos a nosotros mismos como pobres. Yo, por ejemplo, económicamente soy bastante rico, pero al estar discapacitado vivo en un estado de pobreza física, porque dependo totalmente de los demás en todos los aspectos de mi vida. Haga lo que haga, tengo que hacerlo con la ayuda de otra persona, en una especie de comunión. Hay tantos tipos de pobreza. Alguien puede descubrirse pobre espiritualmente o afectivamente. Lo importante es negarse a permanecer pobres en soledad. Siempre debemos relacionarnos con los otros y con el Otro. Debemos aprender a preguntar – mejor amablemente – y a recibir, además de dar. Debemos poner en comunión tanto nuestra propia riqueza como nuestra propia pobreza, no guardarlas para nosotros. Esta última es la tentación más común, pero debemos ganarla.

La relación con los pobres debe ser personal, es decir, de persona a persona, sin ponerse en un pedestal frente al otro, ni tampoco más abajo. Es necesario descubrir la pobreza en la propia vida para sentir y comprender la pobreza en la historia de los demás.

### ***La escucha por parte de Dios es misericordia y los que escuchan a Dios realizan obras de misericordia***

“Este pobre gritó...”, significa que no hace un discurso estructurado. Nuestra miseria es tan profunda que no sabemos explicarla. Jesús, muriendo en la cruz, grita. Y no se entiende bien qué dice. Marcos lo cuenta así: *A llegar la hora sexta toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona. Y a la hora nona, Jesús clamó con voz potente: «Eloì, Eloì, lemà sabactàni?», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Algunos de los presentes, al oírlo, decían: «Mira, llama a Elías». Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber diciendo: «Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo». Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró* (*Mc 15,33-37*)



El salmo 33 no dice qué grita el pobre. Podría ser un grito de dolor, de rabia, sin palabras. Casi una blasfemia. Y esto es precisamente lo que Dios escucha. Como escuchó a Job. En el antiguo libro sapiencial, Job casi es acusado de blasfemia por sus amigos porque se atreve a preguntar a Dios por qué lo deja sufrir, en lugar de resignarse y aceptarlo pasivamente. El Salmo 33 dice, sin embargo: “Jehová lo escuchó”. La escucha del Señor no es un simple oír. Cuando Dios escucha, “inclina el oído”, y, después de inclinar su oído, extiende también su mano. Esto recuerda al Libro del Éxodo (3,7-10): *El Señorle dijo: «He visto la opresión de mi pueblo en Egipto y he oído sus quejas contra los opresores; conozco sus sufrimientos. He bajado a librarlo de los egipcios, a sacarlo de esta tierra, para llevarlo a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel, la tierra de los cananeos, hititas, amorreos, perizitas, heveos y jebuseos. El clamor de los hijos de Israel ha llegado a mí y he visto cómo los tiranizan los egipcios. Y ahora marcha, te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel».*

De esta manera, la escucha por parte de Dios se convierte inmediatamente en su intervención. Cuando Dios escucha, *desciende*. E involucra al ser humano: “Y ahora marcha, te envío”. Por eso, el grito de los pobres se convierte en una llamada de Dios. Por ejemplo, en el libro del Éxodo, Dios llama a Moisés a colaborar con él en la liberación del pueblo. A pesar de todas las dificultades que Moisés presenta, finalmente va y cumple su misión con la ayuda de Aaron, quien lo ayuda a superar su déficit de “boca y de lengua”. Moisés debía hablar al faraón, pero tenía dificultad de palabra. ¿Quién elegiría un portavoz torpe de boca y de lengua, sino sólo Dios? El Dios que le dice a Pablo: “Te basta mi gracia: la fuerza se realiza en la debilidad” (2 Cor 12,9).

No se trata, por tanto, de una acción de poder o eficiencia, como cabría esperar siguiendo nuestra lógica humana. El descenso de Dios es un abajamiento, es el servicio humilde a los pobres: “Porque el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en rescate por muchos” (Mc 10,45). Y en Jn 13,11-15, dice: «Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y les dijo: “¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis el Maestro y el Señor, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis”». «Os he dado ejemplo»: en griego es ὑπόδειγμα (*hypódeigma*), que proviene del verbo *hypodéiknymi* y cuyo primer significado es «mostrar en secreto». Aún sin estar del todo seguro de esta interpretación, es sugestivo pensar que el Jesús que se hace siervo dice a sus discípulos: «Os he mostrado mi secreto, os he hecho partícipes de mis sentimientos más profundos». El sentimiento más profundo de Cristo es el amor. Haciéndose hombre, el Hijo ha elegido, en comunión con el Padre, precisamente esta vía de la humildad y de la pobreza, de la precariedad y de la dependencia, y justamente por esta razón demuestra ser Dios: precisamente porque ha tenido la fuerza de elegir la debilidad hasta la muerte en cruz. El grito del pobre es inarticulado, pero Dios lo escucha, lo *com-padece* y lo transforma en una llamada para la acción de sus hijos. La escucha por parte de Dios es misericordia y los que escuchan a Dios realizan obras de misericordia.

#### IV Propuesta de Lectio Betania, la casa del pobre

*Seis días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?». Esto lo dijo no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando. Jesús dijo: «Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis».*

(Jn 12,1-8)

Este relato, lleno de simbolismo, está situado en un “lugar” estratégico dentro del Evangelio de Juan. Después de la resurrección de Lázaro, se reafirma en las autoridades religiosas la decisión de matar a Jesús (cfr. Jn 11,49-53). Aquí, lo que está por suceder comporta una cuestión de vida o muerte.

El relato se sitúa desde el punto de vista *temporal* en la Pascua, la Pascua de Jesús, donde se consuma la victoria de la Vida sobre la muerte y, desde el punto de vista *espacial*, en Betania, un nombre que probablemente deriva de *bêt 'anî*, “la casa del pobre”. Es también la casa de la vida, donde la muerte es derrotada, idea esta sugerida por la mención de Lázaro como aquel que había sido “resucitado de entre los muertos”. De la misma presentación, el lector entiende que se hablará de pobres, de vida y de muerte...

La cena preparada para Jesús es un anticipo de aquella otra y única cena de la que hablará el mismo Evangelio de Juan, la última cena (cfr. Jn 13,2), y de alguna manera – y junto a esta – es también anticipo del banquete escatológico, al final de los tiempos. ¿Quiénes son los que la preparan? No se hace explícito, tal vez para invitar a reconocer a cualquier comunidad cristiana. La comunidad de Betania, comunidad de los pobres, puede servir como paradigma para nuestras comunidades actuales. Todos, indistintamente, estamos representados por los personajes presentes en el relato.

Como Marta, queremos ponernos al servicio de los demás (*diakonía*). Todos, como Lázaro, hemos sido levantados por Jesús, salvados de nuestras muertes por su poder de resurrección. También hay, en cada uno de nosotros, actitudes egoístas y mezquinas, como las atribuidas en el relato a Judas.

En la escena, la verdadera acción comienza cuando María realiza la unción, un gesto que se convierte en un modelo para vivir nuestros lazos dentro de la comunidad. El nardo puro y precioso evoca en el lector al amado del Cantar de los Cantares (*Ct* 1,12). Es un gesto de amor, un amor puro y de gran valor, porque brota de su corazón y se derrama sobre el Invitado. Representa la entrega amorosa y gratuita de todo nuestro ser a aquellos que viven en una situación de fragilidad, a aquellos que sufren una “pérdida” y cuya vida está amenazada de muerte. María se involucra en cuerpo y alma en el gesto, y sus cabellos – usados por la amada del Cantar de los Cantares para enamorarse del rey – (*Ct* 7,6) están ahora impregnados de perfume (cfr. *Ct* 1,3), que es la respuesta de amor agradecido por parte de quien se ha sentido amado. Es un amor que llena toda la “casa”, toda la comunidad, porque todos somos enviados a entrar en la dinámica del amor gratuito, dado y recibido.

Un gesto similar de amor despierta una reacción que habla también de nosotros: Judas viene presentado como “uno de sus discípulos”. Los discípulos tienen la capacidad de amar sin medida, como María, pero también de entregar a la muerte, como el Iscariote. La referencia al papel del traidor introduce la pregunta centrada en el valor monetario del perfume. Trescientos denarios equivalían a casi un año de trabajo: ¡una verdadera fortuna para un pobre! Este cálculo recuerda la crítica habitual de la clase media hacia los pobres cuando se decide gastar para una fiesta: se podría usar “mejor” ese dinero, por ejemplo, para poner en orden la casa. Se pretende saber mejor que los pobres lo que más necesitan. Los pobres, por el contrario, como María, saben bien que la fiesta es posible sólo cuando



hay un exceso de gratuidad, donde nada se deja de lado con mezquindad y se ofrece lo mejor de lo que se posee. Cuando en el lugar de la lógica del don se coloca la del beneficio, se entra en una dinámica de muerte, capaz de sacrificar al otro por un cálculo de costo-beneficio.

El comentario del narrador resalta las intenciones de Judas. Es una constante: cuando se habla mucho de los pobres como categoría externa, es porque realmente no hay ninguna preocupación por ellos. Se usan: para darles limosna, para tranquilizar la propia conciencia, para sentirse bien ayudándoles o, lo que es peor, para retener lo que les corresponde. Lo que realmente remedia el hambre de los necesitados es el compartir, como ocurre en la multiplicación de los panes (cfr. *Jn* 6,9-11). Cuando se da, se produce la multiplicación: por el contrario, cuando se acumula, tiene lugar la “capitalización”, que termina enriqueciendo sólo a uno, dejando hambrientos a muchos.

La respuesta de Jesús se articula en dos momentos. En un primer momento, vincula la unción con su sepultura: reaparece el tema de la muerte, ya no la de Lázaro, sino la de Jesús. Pero los lectores, que “ven” a Lázaro vivo allí, resucitado por Jesús, saben que la sepultura de Jesús no puede significar una muerte definitiva, porque él mismo es “la resurrección y la vida” (cfr. 11,25). El gesto de María, por tanto, no es la unción de una persona muerta, sino la celebración de la Vida. El amor que se da en la comunidad a aquellos que pasan necesidad es siempre signo de una Vida que vence la muerte. La entrega de sí, salva de la muerte tanto a los que se dan a sí mismos, como a los que reciben el amor.

En un segundo momento, Jesús declara que tendremos siempre a los pobres con nosotros. Esta afirmación, lejos de indicar una realidad de injusticia que nunca podremos cambiar, quiere mostrar la composición concreta de cada comunidad cristiana. La frase parece inspirada en *Dt* 15,11: “Nunca dejará de haber pobres en la tierra”. Era la razón por la cual al israelita se le ordenaba que se solidarizase con el “hermano pobre e indigente”. Para Jesús, los pobres no sólo están siempre en la tierra – en la patria –, sino que están siempre “con” la comunidad, en medio de ella. Para la comunidad cristiana, simbolizada en este grupo de Betania – nombre por lo demás simbólico – los pobres no están “fuera”, como si fueran una realidad para cuidar mediante limosnas, sino que son una parte integral de la comunidad, una parte tan importante que el mismo Jesús se ha identificado con ellos. Llegará un momento en que no tendrán a Jesús con ellos de la misma manera, porque “irá al Padre” (*Jn* 16,28), pero continuarán teniéndolo en la persona del pobre, que será siempre su *vicario* (*Mt* 25,40).

Puede entenderse, por tanto, que la frase de Jesús se convierte en un criterio de discernimiento para la Iglesia. Nuestra comunidad será cristiana, como la comunidad de Betania, si cuentan las personas pobres entre sus miembros. Betania es la Iglesia donde los pobres son protagonistas y constructores del Reino. En la persona de Judas, como se ha dicho, vuelve la tentación de muchas de nuestras comunidades de considerar al pobre como objeto de nuestra beneficencia y, por lo tanto, a considerarlo fuera de la comunidad.

María asume en su gesto la concreción de una doble vocación de la comunidad. Por un lado, delante de Jesús, el pobre concreto, el hermano cuya vida está amenazada, ella derrama su perfume. No mide, no calcula, no establece condiciones... compromete su cuerpo, sabe involucrarse en el encuentro. También hoy, a través del servicio ofrecido por la comunidad a los pies de los pobres, la entera casa, el universo entero se llena de la fragancia del perfume: la ternura “tiene un olor agradable”.

Por otro lado, María unge, consagra los pies de Jesús para que pueda continuar hasta el final su camino de solidaridad con los pobres. Esta es también una función de la comunidad en cuanto cuerpo: sostenerse y animarse unos a otros en el seguimiento de Jesús, pobre y solidario.

## Vigilia de oración

### *Este pobre gritó y el Señor lo escuchó*

Pasajes bíblicos sugeridos: *Gen 4,1-16; Sal 34(33); Mc 15; Ap 7,9-17*

---

#### Introducción

La presente Vigilia se desarrolla alrededor de la palabra “grito”. Hay muchas razones, tanto interiores como exteriores, que provocan el grito de los oprimidos.

En la primera *statio*, el texto del libro del Génesis (4, 1-16) quiere recoger el grito de la sangre inocente, de todos aquellos que injustamente sufren persecución y muerte, que se apagan lentamente a causa del sufrimiento diario.

El pasaje-guía del Salmo 34(33), en la segunda *statio*, evoca el grito que llama a la conversión. Se detiene no sólo en el *grito del pobre*, sino también en el Señor que lo escucha y lo salva. Dios busca mejorar la condición humana, consolar a todos aquellos que viven en la pobreza espiritual y en la desesperación. El disgusto interior se supera cuando el oprimido es tocado por la mano del Señor.

La tercera *statio* presenta el grito de Jesús en la cruz (*Mc 15,33-37*), un grito de abandono total, de soledad y de incompreensión. La Madre de Dios, que acompaña silenciosamente el llanto de su Hijo, es la imagen de todos aquellos que ya no pueden alzar la voz, que son demasiado débiles para emitir ningún sonido para defenderse.

Como conclusión, en la cuarta *statio*, el texto tomado del libro del Apocalipsis (7, 9-17) dirige el corazón hacia el horizonte de esperanza de la fe cristiana que nunca defrauda, porque está enraizado en la palabra definitiva sobre la historia del hombre y del mundo: la victoria del Señor Resucitado.

Para adaptar la propuesta de Vigilia a las necesidades concretas de cada comunidad particular (parroquia, capilla del hospital, monasterio, etc.), se podrían elegir los cantos para cada *statio*. Para profundizar en los temas presentados en los textos bíblicos propuestos, se sugiere preparar una meditación o bien elegir algunos testimonios, según las necesidades y posibilidades de la comunidad que celebra la Vigilia. Antes de la bendición final, se puede insertar una oración de intercesión, pronunciada por el propio sacerdote o por los fieles, y dedicada a las diversas situaciones en las que viven los pobres.

La elección de los pasajes bíblicos también podría modificarse, a discreción de los que organizan la Vigilia, para subrayar otras dimensiones del *grito* del hombre que llega al trono del Altísimo. A modo de ejemplo: *Ex 2,23-25; 3,7-9* (el grito de los israelitas, esclavizados en la tierra de Egipto, llega a Dios); *Jdt 4,8-13* (los israelitas elevan su grito a Dios para no caer en manos de los enemigos); en el Libro de Job, son recurrentes las imágenes de la persona que sufre que grita al Señor (3,24; 16,18; 17,14); *Is 40,1-5* (la pobreza espiritual, la desilusión y la depresión, la inquietud interior); *Jl 1,13-20; 2,12-13* (lamentación por una catástrofe, penitencia y respuesta del Señor).

La Vigilia se podría realizar con el Santísimo Sacramento expuesto.

**El sacerdote expone el Santísimo Sacramento en la forma habitual. Sigue un canto y una breve exhortación introductoria.**

- 1. La sangre de Abel grita: la opresión física y material, la injusticia, el drama del oprimido, pero también del opresor**

## Lectura del Libro del Génesis

(4, 1-16)

*Adán conoció a Eva, su mujer, que concibió y dio a luz a Caín. Y ella dijo: «He adquirido un hombre con la ayuda de Dios». Después dio a luz a Abel, su hermano. Abel era pastor de ovejas, y Caín cultivaba el suelo. Pasado un tiempo, Caín ofreció al Señor dones de los frutos del suelo; también Abel ofreció las primicias y la grasa de sus ovejas. El Señor se fijó en Abel y en su ofrenda, pero no se fijó en Caín ni en su ofrenda; Caín se enfureció y andaba abatido. El Señor dijo a Caín: «¿Por qué te enfurece y andas abatido? ¿No estarías animado si obraras bien?; pero, si no obras bien, el pecado acecha a la puerta y te codicia, aunque tú podrás dominarlo». Caín dijo a su hermano Abel: «Vamos al campo». Y, cuando estaban en el campo, Caín atacó a su hermano Abel y lo mató. El Señor dijo a Caín: «¿Dónde está Abel, tu hermano?». Respondió Caín: «No sé; ¿soy yo el guardián de mi hermano?». El Señor le replicó: «¿Qué has hecho? La sangre de tu hermano me está gritando desde el suelo. Por eso te maldice ese suelo que ha abierto sus fauces para recibir de tus manos la sangre de tu hermano. Cuando cultives el suelo, no volverá a darte sus productos. Andarás errante y perdido por toda la tierra». Caín contestó al Señor: «Mi culpa es demasiado grande para soportarla. Puesto que me expulsas hoy de este suelo, tendré que ocultarme de ti, andar errante y perdido por la tierra, y cualquiera que me encuentre me matará». El Señor le dijo: «El que mate a Caín lo pagará siete veces». Y el Señor puso una señal a Caín para que, si alguien lo encontraba, no lo matase. Caín salió de la presencia del Señor y habitó en Nod, al este de Edén.*

## Meditación y/o testimonio

Cantos

Oración en silencio

### 2. El afligido invoca al Señor, Él lo escucha y lo salva de sus angustias

#### Lectura del Salmo 34(33)

*Bendigo al Señor en todo momento,  
su alabanza está siempre en mi boca;*

*mi alma se gloria en el Señor:  
que los humildes lo escuchen y se alegren.*

*Proclamad conmigo la grandeza del Señor,  
ensalcemos juntos su nombre.*

*Yo consulté al Señor, y me respondió,  
me libró de todas mis ansias.*

*Contempladlo, y quedaréis radiantes,  
vuestro rostro no se avergonzará.*

*Si el afligido invoca al Señor, El lo escucha  
y lo salva de sus angustias.*

*El ángel del Señor acampa  
en torno a sus fieles y los protege.*

*Gustad y ved que bueno es el Señor,  
dichoso el que se acoge a El.*

*Todos sus santos, temed al Señor,  
porque nada les falta a los que le temen;*

*los ricos empobrecen y pasan hambre,  
los que buscan al Señor no carecen de nada.*

*Venid, hijos, escuchadme:  
os instruiré en el temor del Señor;*

*¿Hay alguien que ame la vida  
y desee días de prosperidad?*

*Guarda tu lengua del mal,  
tus labios de la falsedad;*

*apártate del mal, obra el bien,  
busca la paz y corre tras ella.*

*Los ojos del Señor miran a los justos,  
sus oídos escuchan sus gritos;*

*pero el Señor se enfrenta con los malhechores,  
para borrar de la tierra su memoria.*

*Cuando uno grita, el Señor lo escucha  
y lo libra de sus angustias;*

*el Señor está cerca de los atribulados,  
salva a los abatidos.*

*Aunque el justo sufra muchos males,  
de todos lo libra el Señor;*

*El cuida de todos sus huesos,  
y ni uno sólo se quebrará.*

*La maldad da muerte al malvado,  
los que odian al justo serán castigados.*

*El Señor redime a sus siervos,  
no será castigado quien se acoge a El.*

**Meditación y/o testimonio**

**Cantos**

**Oración en silencio**

### **3. El grito de Jesús en la cruz – el grito de abandono**

**Lectura del Evangelio de Marcos**

**(s15, 33-37)**

*A llegar la hora sexta toda la región quedó en tinieblas hasta la hora nona. Y a la hora nona, Jesús clamó con voz potente: «Eloì, Eloì, lemà sabactàni?», que significa: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué*

*me has abandonado?». Algunos de los presentes, al oírlo, decían: «Mira, llama a Elías». Y uno echó a correr y, empapando una esponja en vinagre, la sujetó a una caña, y le daba de beber diciendo: «Dejad, a ver si viene Elías a bajarlo». Y Jesús, dando un fuerte grito, expiró.*

**Meditación y/o testimonio**

**Cantos**

**Oración en silencio**

#### **4. Los santos en el cielo – el grito de esperanza**

**Lectura del libro del Apocalipsis**

**(7, 9-17)**

*Después de esto vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y delante del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en las manos. Y gritan con voz potente: «¡La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero!».*

*Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono, y adoraron a Dios, diciendo: «Amén. La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén». Y uno de los ancianos me dijo: «Estos que están vestidos con vestiduras blancas, ¿quiénes son y de dónde han venido?». Yo le respondí: «Señor mío, tú lo sabrás». Él me respondió: «Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios, dándole culto día y noche en su templo. El que se sienta en el trono acampará entre ellos. Ya no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el bochorno. Porque el Cordero que está delante del trono los apacentará y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas. Y Dios engujará toda lágrima de sus ojos».*

**Exhortación final que resume la Vigilia e invita a orar al Señor:**

**Padre nuestro que estás en el cielo,**

**santificado sea tu Nombre;**

**venga a nosotros tu reino;**

**hágase tu voluntad**

**en la tierra como en el cielo.**

**Danos hoy nuestro pan de cada día;**

**perdona nuestras ofensas,**

**como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden;**

**no nos dejes caer en la tentación,**

**y líbranos del mal.**

**Amen.**

**Salmo del servicio**

Jesús nos llama a ser siervos, como Él es siervo,  
porque los hombres aceptan el mensaje de Cristo  
no tanto de aquel que experimenta el ascetismo de la pureza  
sino de quien vive cada día las tribulaciones del servicio.

Jesús, tú que lavaste los pies a pobres pescadores,  
ayúdanos a comprender que los pies de los pobres  
son la meta de cualquier camino espiritual serio.

Cuando te inclinaste sobre los talones de tus discípulos

nos hiciste comprender hacia qué basílicas  
deberíamos dirigir nuestra peregrinación.  
En las bienaventuranzas nos dijiste que los pobres son bienaventurados,  
que son los pobres aquellos que se salvan.

Pero luego añadiste:

“Bienaventurados vosotros cuando ayudáis al pobre,  
cuando le dáis de comer o de beber,  
cuando lo hospedáis o lo visitáis”.

Se salvan los pobres  
y aquellos que son solidarios con los pobres.

“Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de los cielos”.

“Venid al reino, bienaventurados, porque tenía hambre  
y me disteis de comer ”.

En otras palabras, Tú nos estás diciendo:

“Bienaventurados los que sirven a los pobres,  
aquellos que hacen causa común con los pobres”.

Ayúdanos, Jesús, a ser tan solidarios con los pobres  
de ser sus amigos y hermanos.

Ayúdanos, Jesús, a saberte reconocer en los pobres y en los que sufren,  
¡para que nos reciban un día en la casa del Padre!

*(don Tonino Bello, Obispo)*

**El Sacerdote termina la Vigilia en la forma habitual.**

## **BENDICIÓN EUCARÍSTICA**

**Arrodillándose, se canta el himno eucarístico:**

Tantum ergo sacramentum  
veneremur cernui,  
et antiquum documentum  
novo cedat ritui;  
praestet fides supplementum  
sensum defectui.  
Genitori Genitoque  
laus et iubilatio,  
salus, honor, virtus quoque  
sit et benedictio;  
procedenti ab utroque  
compar sit laudatio.  
Amen.

Veneremos, pues, inclinados  
tan grande Sacramento;  
y la antigua figura ceda el puesto  
al nuevo rito;  
la fe supla  
la incapacidad de los sentidos.  
Al Padre y al Hijo  
sean dadas alabanza y júbilo,  
salud, honor, poder  
y bendición;  
una gloria igual sea dada  
al que de uno y de otro procede.  
Amén.

### **Oremos**

Oh Dios,  
que en este admirable Sacramento  
nos dejaste el memorial de tu Pasión,  
te pedimos nos concedas venerar de tal modo  
os sagrados misterios de tu Cuerpo y de tu Sangre,  
que experimentemos constantemente  
el fruto de tu redención.

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.  
Amén.

**Quien preside imparte la bendición con el Santísimo Sacramento.**

### **Aclamaciones**

**Un lector entona y la asamblea repite:**

1. Bendito sea Dios.
2. Bendito sea su santo Nombre.
3. Bendito sea Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.
4. Bendito sea el Nombre de Jesús.
5. Bendito sea su Sacratísimo Corazón.
6. Bendita sea su Preciosísima Sangre.
7. Bendito sea Jesús en el Santísimo Sacramento del Altar.
8. Bendito sea el Espíritu Santo Paráclito.
9. Bendita sea la excelsa Madre de Dios, María Santísima.
10. Bendita sea su Santa e Inmaculada Concepción.
11. Bendita sea su gloriosa Asunción.
12. Bendito sea el nombre de María Virgen y Madre.
13. Bendito sea San José, su castísimo esposo.
14. Bendito sea Dios en sus Ángeles y en sus Santos.

**Mientras se reserva el Santísimo Sacramento en el sagrario se puede entonar un canto.**

### **Antífona mariana**

Salve, Regina,  
Mater misericordiae,  
vita, dulcedo et spes nostra, salve.  
Ad te clamamus, exsules filii Evae.  
Ad te suspiramus gementes et flentes  
in hac lacrimarum valle.  
Eia ergo, advocata nostra,  
illos tuos misericordes oculos ad nos converte.  
Et Iesum, benedictum fructum ventris tui,  
nobis, post hoc exsilium, ostende.  
O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria!

### ***Oración a la Bienaventurada Virgen María de los Pobres***

Virgen de los Pobres, condúcenos a Jesús, única fuente de gracia, y enséñenos la docilidad al Espíritu Santo, para que se encienda aquel fuego de amor que vino a traer la llegada del Reino.

Virgen de los Pobres, salva a las naciones: haz que seamos guiados por gobernantes sabios y alcánzanos la gracia para que todos los pueblos, reconciliados y unidos entre sí, formen un sólo rebaño bajo un solo pastor.

Virgen de los Pobres, pide la curación de los que sufren, sustenta a quienes los sirven con amor, concédenos la gracia de pertenecer sólo a Cristo y líbranos de todo peligro.

Virgen de los Pobres, consuela a los enfermos con tu presencia; enséñanos a llevar con Jesús la cruz de cada día y haz que nos comprometamos lealmente en el servicio de los pobres y de los que sufren.

Virgen de los Pobres, intercede ante tu Hijo y alcánzanos todas las gracias necesarias para nuestra salvación, la de nuestras familias, la de aquellos que se encomiendan a nuestras oraciones y la de la humanidad entera.

Virgen de los Pobres, creemos en ti y, confiando en tu intercesión maternal, nos abandonamos a tu protección.

Te encomendamos el camino que la Iglesia está atravesando en este tercer milenio, el crecimiento moral y espiritual de los jóvenes, las vocaciones religiosas, sacerdotales y misioneras y la obra de la nueva evangelización.

Virgen de los pobres, que has dicho: “Creed en mí, yo creeré en vosotros”, te agradecemos que hayas confiado en nosotros. Haznos capaces de elegir en conformidad con el Evangelio, ayúdanos a administrar nuestra libertad en el servicio mutuo y en el amor de Cristo para la gloria del Padre.

Virgen de los Pobres, cólmanos de gracias, danos tu bendición y transforma nuestras vidas. Que nadie se deje subyugar por la esclavitud y el pecado, sino que se consagre a Cristo, el único Señor.

Virgen de los Pobres, Madre del Salvador, Madre de Dios, te damos gracias por tu disponibilidad a la voluntad divina que, en su bondad, nos ha dado el Redentor.

Te damos gracias por escuchar nuestras oraciones presentándolas a Jesús, el único mediador. Enséñanos a bendecir al Padre en cada circunstancia de nuestra existencia y a vivir de manera fructífera la Eucaristía, alimento de vida eterna.

Virgen de los Pobres, te presentamos nuestras intenciones para que puedas interceder ante el Señor, alcanzándonos, según su voluntad y por tu maternal intercesión, toda gracia y bendición.  
Amén.

### **INVOCACIONES A NUESTRA SEÑORA DE LOS POBRES**

Santísima Virgen de los Pobres, condúcenos a Jesús, Fuente de gracia.

Santísima Virgen de los Pobres, salva a todas las naciones.

Santísima Virgen de los Pobres, alivia al Enfermo.

Santísima Virgen de los Pobres, alivia el sufrimiento.

Santísima Virgen de los Pobres, ruega por cada uno de nosotros.

Santísima Virgen de los Pobres, creemos en vosotros.

Santísima Virgen de los Pobres, creed en nosotros.

Santísima Virgen de los Pobres, oraremos con fuerza.

Bendita Virgen de los Pobres, bendícenos

Bendita Virgen de los Pobres, Madre del Salvador Madre de Dios, te damos gracias.

*(de la Novena a la Virgen de los pobres de Banneux)*

### **ORACIÓN DEL POBRE**

**PADRE**, soy pobre y como pobre te pido:  
concédeme la gracia de permanecer alegre en mi pobreza,



de ser capaz de hacer silencio, para escuchar a los que son más pobres que yo,  
de exultar de gozo de ser pobre con y por cada pobre,  
como Tu Hijo y mi Hermano Jesús,  
y de hacer sólo Tu voluntad

**JESUCRISTO**, ayúdanos a comprender la bienaventuranza de la mansedumbre,  
a responder y ayudar a liberar a todo hermano oprimido,  
sin hacer distinción de color, raza o religión.  
Maestro humilde, que habitas escondido en cada abandonado,  
en el niño despreciado, en el anciano sólo,  
en la familia sin hogar y sin pan,  
en el migrante refugiado,  
en el adicto y en la prostituta,  
en el joven que busca un camino,  
en cada persona más necesitada que nosotros,  
Te pedimos por todos estos, por todos nosotros:  
recuerda que somos uno en Ti, tu único cuerpo,  
abre nuestros ojos, sana nuestras heridas  
y, entonces, en todo y en todos, encontraremos la ocasión  
de reconocerte y amarte,  
entregándonos como Tú, pan partido y compartido.

**ESPÍRITU SANTO**, el único capaz de mover y renovar todo todas las cosas,  
haznos más bondadosos, más acogedores, más cercanos.  
Que nuestro testimonio de vida inspire a otros corazones  
a vencer la hipocresía, la insensibilidad, la indiferencia y el odio  
con el mismo amor *que une* a Jesús con el Padre.

**SANTA TRINIDAD**, Amor sin fin,  
haz que sepamos responder al grito de los pobres  
con esperanza, con una sonrisa, con perfecta alegría,  
y que Te podamos servir, alabar, adorar y amar  
en cada gesto gratuito y misericordioso  
a través de la invocación silenciosa y constante de Tu Santo Nombre. Amén.

### **ORACIÓN POR LOS POBRES**

Señor Jesús,  
hecho pobre para enriquecernos con Tu pobreza,  
escucha nuestra oración.  
Por el frío del pesebre y de la noche de Navidad,  
acuérdate de aquellos que no tienen una morada digna.  
Por el miedo y la inseguridad de la huída a Egipto,  
acuérdate de los emigrantes y refugiados.  
Por los años de pobreza vividos en Nazaret,  
Acuérdate de tantos hombres y mujeres  
que no ganan lo suficiente para mantener a sus familias.  
Por el dolor que causaste a María y a José cuando te quedaste en el templo,  
acuérdate de los padres cuyos hijos se han perdido por caminos inicuos

o han sido secuestrados por las razones más terribles.  
Por la violencia, la injusticia, la hipocresía, el odio  
de las que has sido víctima inocente,  
haznos comprender las bienaventuranzas de la mansedumbre,  
de la justicia, de la misericordia y de la paz.  
Por las horas terribles en el Calvario,  
acuérdate de los que yacen sin salud y sin recursos  
en su lecho de dolor.  
Por la intercesión de María, Tu Madre,  
que cantó la eficacia de la Providencia en los humildes y hambrientos,  
ayúdanos a superar nuestra insensibilidad e indiferencia.  
Que todos los pobres experimenten que a través de nosotros, discípulos del Resucitado,  
Se cumple la promesa: "Yo estaré siempre con vosotros".  
Amén.

(Hermanas Franciscanas de la Divina Providencia – Misión de Timor Oriental - Comunidad: Oe-  
cusse y Díli)

## Propuestas para la celebración de la *Jornada Mundial de los Pobres*

### En preparación para la *Jornada Mundial de los Pobres*

En el camino hacia la *II Jornada Mundial de los Pobres*, se podría pensar en organizar *momentos de preparación* para el evento que se llevarían a cabo en las parroquias, en las diócesis, en las asociaciones católicas, pero también en las escuelas y en las universidades.

La preparación para la *Jornada Mundial* podría dividirse en tres fases siguiendo los tres verbos del Salmo 37, *gritar*, *responder* y *liberar*, propuesto en el Mensaje del Papa Francisco titulado: “Este pobre gritó y el Señor lo escuchó” (recordando los tres momentos - ver , juzgar y actuar - del discernimiento ético según la Doctrina Social de la Iglesia).

**Gritar:** se podrían organizar ocasiones para *escuchar la voz de los que viven en condiciones de pobreza*, para dar la palabra y escuchar los testimonios de las personas sin hogar, de los migrantes que huyen de la guerra y del hambre, del padre de familia que ha perdido su trabajo y no puede mantener a la familia, de los ancianos que pasan sus días en la soledad de su hogar, etc.

**Responder:** después de escuchar el testimonio de nuestros hermanos y hermanas que viven en condiciones precarias, se podrían organizar *momentos de intercambio y de reflexión* comunitarias, parroquiales y diocesanas, pero también en las escuelas, para **responder, en el sentido de participar, al dolor y al sufrimiento de los pobres y sentir compasión por el daño causado a su dignidad humana**. Este encuentro podría ser también la ocasión para reflexionar sobre *la forma de pobreza más cercana a nosotros* y, por lo tanto, más “incómoda” y difícil de ayudar, así como el hecho de que ninguno de nosotros es “inmune” a la pobreza: todos estamos “inmersos en tantas formas de pobreza”.

**Liberar:** frente al drama humano de la pobreza, el cristiano y todos los hombres de buena voluntad, no pueden permanecer indiferentes, sino que deben tratar de comprometerse por **liberar** a los hermanos y hermanas de la condición de pobreza que no les permite disfrutar plenamente de los derechos humanos fundamentales y de abrirse a un desarrollo humano integral. En esta tercera fase, las parroquias, las diócesis, las asociaciones católicas y las escuelas pueden dar vida a iniciativas, que puedan perdurar en el tiempo, para tratar de aliviar las duras condiciones de vida de nuestros hermanos más vulnerables porque son indigentes.

Podría ser particularmente importante llevar a cabo **una labor de sensibilización sobre los temas de la pobreza y de la preparación para la *Jornada Mundial en las escuelas***; ésta representa una importante ocasión de evangelización.

### Para vivir la *II Jornada Mundial de los Pobres 2018*

Para la celebración de la *II Jornada Mundial de los Pobres*, el domingo 18 de noviembre, se puede preparar:

- a) la liturgia dominical, de manera que adquiriera protagonismo la presencia de los pobres. Estos podrían realizar el servicio litúrgico, leer las lecturas, recoger las ofertas y llevar las ofrendas al altar;
- b) reproducir una de las oraciones presentes en el *Subsidio* con el fin de distribuirlas también entre los pobres como un recordatorio de la Jornada;
- c) organizar *actos simbólicos*, obras concretas de misericordia hacia los hermanos indigentes y marginados; por ejemplo, una comida con los pobres en la parroquia o en las casas de algunas familias;
- d) realizar una *colecta especial* para la Jornada que se destinará a una obra concreta que sea visible y que recuerde la *II Jornada Mundial de los Pobres*;
- e) involucrar a los niños y jóvenes en la celebración la *Jornada Mundial de los Pobres* también con obras apostólicas concretas. De hecho, la vida frenética cotidiana, especialmente en las grandes ciudades, nos ha hecho perder el hábito de realizar obras de caridad, buenas obras, gestos de cercanía hacia los pobres. La Jornada Mundial podría ser una oportunidad para introducir y acercar a los más jóvenes las obras de misericordia.





## IL LOGO DELLA GIORNATA MONDIALE DEI POVERI

La dimensión de la reciprocidad se ve reflejada en el logo de la Jornada Mundial de los Pobres. Se nota una puerta abierta y sobre el umbral dos personas que se encuentran. Ambas extienden la mano; una para pedir ayuda, la otra porque quiere ofrecerla. En efecto, es difícil comprender quién de los dos sea el verdadero pobre. O mejor, ambos son pobres. Quien tiende la mano para ayudar está invitado a salir para compartir. Son dos manos tendidas que se encuentran donde cada una ofrece algo. Dos brazos que expresan solidaridad y que incitan a no permanecer en el umbral, sino a ir a encontrar el otro. El pobre puede entrar en la casa, una vez que en ella se ha comprendido que la ayuda es el compartir. En este contexto, las palabras que el Papa Francisco escribe en el Mensaje se cargan de un profundo significado: “Benditas las manos que se abren para acoger a los pobres y ayudarlos: son manos que traen esperanza. Benditas las manos que vencen las barreras de la cultura, la religión y la

nacionalidad derramando el aceite del consuelo en las llagas de la humanidad. Benditas las manos que se abren sin pedir nada a cambio, sin «peros» ni «condiciones»: son manos que hacen descender sobre los hermanos la bendición de Dios.” (Papa Francisco).

*Un agradecimiento especial a:*

*Mons. Antonio Pitta (Pontificia Universidad Lateranense),*

*P. Dominik Markl SJ (Pontificio Instituto Bíblico),*

*D. Eleuterio Ruiz (Pontificia Universidad Católica de Argentina),*

*Prof. Stefano Toschi (ISSR Boloña),*

*Departamento del Servicio Integral de Desarrollo Humano,*

*Hermanas Franciscanas de la Divina Providencia - Misión de Timor Oriental - Comunidad: Oe-cusse y Díli,*

*por su colaboración en la realización del Subsidio.*